

Historia

EL GRAN ESCRITOR

HILAIRE BELLOC

(Concluye)

Historiador probo y sanamente tendencioso a un tiempo.-

Indudablemente una de las facetas más representativas de este polifacético escritor y, al mismo tiempo, aquella por la cual es más conocido es su ingente obra de historiador. También es, posiblemente, el más importante aspecto de su labor total y, sin duda, aquel en el cual su característica de escritor católico brilla en toda su plenitud.

El campo histórico abarcado por él es extensísimo y la fecunda amplitud de visión y conocimiento que le dió su doble condición de anglo-francés (o de franco-inglés si se prefiere) presta una calidad y hondura excepcionales a sus trabajos históricos y biográficos. Así, al lado de una espléndida biografía de "María Antonieta", a caso lo más logrado desde un punto de vista literario, tiene otra magnífica y ponderada obra histórico-biográfica sobre Isabel I de Inglaterra. Junto a una obra muy aguda y objetiva sobre "Oliverio Cromwell", el dictador puritano inglés, aparece un muy completo trabajo sobre "Napoleón" y, a pesar de lo manoseado del tema, logra decirnos cosas nuevas y originales sobre tan discutida figura. Tanto en ésta como en su "Cromwell" pone de manifiesto sus aficiones militares y sus conocimientos de estrategia, que le alcanzaron justo renombre como corresponsal de guerra y comentarista de la campaña del 1914-1918. Estas crónicas de guerra fueron recogidas más tarde y pu-

blicadas en el volumen titulado "Land and Water" (Tierra y agua) y le dieron merecida fama.

Son también fundamentales sus dos libros sobre Carlos I de Inglaterra y Richelieu, donde estudia una época crucial en la historia europea desde el ángulo inglés (1) y francés respectivamente. Estas dos obras son particularmente interesantes para el lector español porque la exactitud de visión y falta de prejuicios (tan frecuentes, por el contrario, en la mayor parte de historiadores ingleses y franceses que tratan esta época), debidos a su doble condición de historiador escrupuloso y católico, le hacen dar el merecido realce y estimación a la España contemporánea de ambos personajes, la de Felipe IV y el Conde Duque, pues, según Belloc, a pesar de iniciarse ya la decadencia de nuestro Imperio, la nación española era aún una gran potencia que pesaba decisivamente en el concierto europeo, sobre todo por la extraordinaria calidad militar de su infantería.

Y hablando de Richelieu y de su obra, y, concretamente, del edicto de Nantes, manifiesta sagazmente la opinión de que el célebre Cardenal estadista logró la unidad estatal en Francia a costa de la unión religiosa y filosófica. Por el contrario, la unidad nacional española se sacrificó a la unidad espiritual, bajo la común fe católica. Consecuencia de ello fue que tanto entonces como en nuestros días, mientras España forma un bloque espiritual indestructible, persiste en Francia la fatal desunión, cuarteando el subsuelo espiritual francés, con más intensidad en nuestros días, excepto en los cada vez más esporádicos momentos en los que el temor al peligro externo impone "L'union sacrée", por otra parte cada vez más débil y menos unánime como nos ha sido

(1) La consolidación definitiva de la gran oligarquía de nuevos ricos y nuevos aristócratas surgidos del despojo de los bienes eclesiásticos, da más tarde, definitivamente al traste con el tradicional principio monárquico (luego de haber sido la monarquía la principal fautora y cómplice del despojo) y culmina con la decapitación de Carlos I, el infortunado monarca precursor de otras testas coronadas que rodaron más tarde en Europa. Esta "revolución de los ricos" fue la semilla y origen también de otras revoluciones que en el girar implacable de la Historia, les hicieron más tarde víctimas a su vez. También fue esta revuelta el patrón sobre el cual se cortó la actual forma híbrida y carente de substancia de la monarquía constitucional inglesa y con ella de todas las monarquías constitucionales a las que sirve de modelo.

dado comprobar en la última contienda. Es palpable, pues, que esta aguda observación de Belloc tiene plena vigencia en nuestros días (2).

Y aquí surge pujante y aleccionador el matiz combativo, "debelador de mitos" de que hablamos en el número anterior, buceando en el pasado no para permanecer extático ante él (como le han achacado algunos, con desconocimiento o con mala intención), sino para buscar en sus orígenes los errores y los males que aquejan a nuestra época, pues todas o casi todas las modernas herejías y errores podemos hallarlos en embrión en los pasados siglos, sobre todo desde el Renacimiento, o, más concretamente, desde la Reforma para acá. No se trata, pues, de una anacrónico apego a un pasado muerto, y los que tanto a él como a Chesterton les han echado en cara un "medievalismo" inoperante, no han comprendido el profundo sentido que tenía en ambos el minucioso conocimiento y exacta estimación de una de las escasas épocas de plena salud y unidad espiritual aún incontaminadas de que gozó el mundo. Belloc lo pone especialmente de relieve en su trascendental obra "Europa y la Fe".

En todo su obra histórica aparece el católico de cuerpo entero, sanamente, valientemente tendencioso, en el mejor

(2) Es ciertamente digna de estudio (y de inmediata rectificación) la escasa repercusión que injustamente ha tenido y tiene entre los investigadores católicos y especialmente españoles la obra de un historiador como Belloc que, sin ser precisamente un hispanista profesional, se ha mostrado plenamente hispanófilo en su obra, tanto por el hecho de ser católico como por su inveterado amor a la verdad y la justicia. Su riguroso replanteamiento crítico de una Historia tan falseada por los prejuicios decimonónicos coincide, por otra parte, plenamente con la labor de la más moderna y solvente crítica. Por dicha razón es inexplicable la preterición en que se ha tenido a este autor (apenas citado en obras españolas de historia) cuando el eunuquismo mental y las fáciles tragaderas de muchos de nuestros investigadores, especialmente de finales y principios de siglo, les ha llevado a ingerir como buena y aun ensalzar ponderativamente, con bobalicona sumisión, tanta y tanta bazofia demoliberal y "progresista" de fabricación ultrapirenaica.

(3) Esta probidad y escrúpulo le lleva por ejemplo, a situarse ante una figura histórica tan anticatólica como Isabel de Inglaterra y reconocer paladinamente su profunda instrucción humanística y sus dotes de natural inteligencia. También carga Belloc la mayor culpa en la expoliación de bienes monásticos que tuvo lugar en su reinado, en su ministro Lord Cecil, la rapacidad y avaricia de la cual fueron, según Belloc, los principales responsables de la consolidación de una herejía totalmente impopular en sus comien-

sentido de la palabra, que dentro de la máxima escrupulosidad y respeto a la verdad (3) sabe interpretar lúcida e inteligentemente los hechos, así como su causalidad y consecuencia, a la luz de su fe y deducir "en católico" sus actuales derivaciones. Como vemos, pues, su preocupación fundamental es el enlace entre el pasado histórico y la más viva actualidad y nada más lejos de él que la condición de "historiador de museo" o coleccionador de arcaísmos arqueológicos, que algunos han tratado de atribuirle.

Igualmente es falsa la opinión de extravagante y "nadador a contra corriente" por principio o por deporte, sambenito que ha querido colgarse tanto a él como a Chesterton. No hay nada de eso porque no es culpa de ellos, si el uno a fuerza de brillantes paradojas y el otro por la fuerza aplastante de su preparación cultural y su lógica, se ven obligados a arrancar la verdad de debajo de la hojarasca de tópicos y lugares comunes en que yace oculta, sumergida por siglos de sectarismo intelectual. Y tampoco lo es si el brillo de dicha verdad resulta excesivo para la miopía cerebral de los eternos "topos" de la Historia (4).

Enemigos y muchos había de tener quien, como Belloc, se permitía tener

zos, por la complicidad de los enriquecidos con el despojo; resaltando, al propio tiempo, el origen sórdido, pura y simple rapiña del cisma anglicano. No fue pues, por patriotismo, como parecen creer algunos, sino por respeto a la absoluta verdad histórica, esta puntualización acerca de la "reina virgen", de cuya perversión moral, por otra parte, hace un severo y acabado retrato. Este mismo escrupuloso afán de objetividad le lleva al tratar de Cromwell, a pesar de la antipatía por partida doble que había de despertar en él este personaje, en su alma de católico y en parte de su sangre irlandesa (de la que tan orgulloso se mostró siempre) y a reconocer y a ponderar sus extraordinarios dotes de estrategia y táctica, creador de una táctica de combate de caballería que perduró, por lo menos, hasta la guerra de Crimea.

(4) Ya hemos dicho antes la poca popularidad de Belloc incluso en medios afines. También de Chesterton se ha dicho hace poco que era uno de los autores más rápidamente "pasados de moda" y resulta esto chocante cuando tanto de uno como de otro precisamente en estos momentos se hace palpable la casi porfética visión. Y es que realmente "existe interés" en arrinconarlos cuando más patente y luminosa aparece la realización de sus predicciones. Por otra parte, nadie tan enemigo del "modernismo" (entendido como doctrina e ideología) como Belloc, a pesar de su formación francesa, lo cual puede ser otra explicación a esta falta de popularidad.

"ideas propias" y armado de su apasionado amor a la justicia y a la verdad y de su erudición verdaderamente oceánica (en extensión y en profundidad) se ardevía, por primera vez, a entablar no sólo un riguroso proceso de revisión, pasando por un estricto tamiz la historia al uso, sino a poner en solfa los clásicos métodos de investigación y puntos de partida "progresistas", con una visión del acontecer histórico vaciada sobre el molde de sus sectarismos actuales.

Contra todos estos sofismas se levanta poderosa e intransigente la acerada inteligencia de nuestro autor, y, precisamente cuando es creencia unánime la crisis moral y espiritual a que ha conducido al mundo la servil sumisión a estos principios, nos damos cuenta de lo anticuado de los mismos (¡cuán retrógrado y "pasado" resulta, por ejemplo, H. G. Wells y sus cuentos utópicos en nuestros días!). Por el contrario, llama la atención lo "actual" e insospechadamente "moderno" (insospechadamente de seguro para él mismo) que resulta en el presente toda la obra de Belloc, especialmente en su aspecto crítico.

Pero esta revisión de valores no podía hacerse impunemente, sino a costa de crearle múltiples enemistades y de renunciar a toda aspiración a la popularidad, porque, en verdad, no era precisamente el camino de lograrla el mostrar a los ingleses la auténtica faz sórdida y bajamente egoísta de los orígenes de su antipapismo y religión nacional y a los franceses los orígenes erróneos y falsos cimientos, realmente tiránicos de la Revolución, cuando en los libros de texto escolares de ambos países (en los que tan injustamente se trata a España y su obra) se ensalzan herejía y Revolución como las verdaderas causantes de su grandeza nacional (de la que Belloc señala también, implacablemente, el falso oropel encubriendo la real debilidad intrínseca).

El rudo sabor de la obra de Hilaire Belloc resulta en exceso fuerte para los paladares acostumbrados a las amañadas "papillas" seudointelectuales, aparentemente objetivas e inocuas (en rea-

(5) Precisamente una de las más fecundas tesis de Belloc, y más sugerentes para historiadores católicos, consiste en considerar la Historia como deliberadamente deformada a partir del Renacimiento y más concretamente, de la Reforma y, además, total y conscientemente falseado el estudio de la misma a partir de los Enciclopedistas con lo que él llama la "permanente conspiración histó-

lidad encubiertamente sectarias y falseadoras) de un Maurois, un Zveig, un Wells, un Ludwig, etc., en su inefable papel de "vulgarizadores de la cultura". Es natural y lógico cuando las mentes del gran público están previamente deformadas por una propaganda tenaz, sabiamente dirigida desde siglos atrás y apoyada con todos los modernos elementos (5). Forzosamente la originalidad de Belloc había de chocar y sonar a rareza y extravagancia a quienes de tal modo están no formados, sino deformados, y que, en realidad, constituyen la mayoría, pero ello no puede ser un argumento contra nuestro historiador, sino contra el común error que combate, y, en definitiva, contra quienes han hecho todo lo posible para que este error tomara carta de naturaleza en la Cristiandad.

Su amor a la justicia y a la auténtica libertad, su tradicionalismo y su inquietud social.-

Ya tratamos de la fundamental incompatibilidad de Hilaire Belloc con los cargos políticos por su espíritu individualista e independiente, incompatible también con la disciplina de partido; pero el hecho real que motivó su apartamiento de la parodia parlamentaria fue su insobornable e intransigente espíritu de justicia que no toleraba las componendas y los ojos cerrados ante los escándalos político-financieros (el célebre de la "American Marconi" en el cual se vieron envueltos Lloyd George y su íntimo colaborador el israelita Rufus Isaac, algo así como el escándalo parlamentario francés de "Panamá" y sus concomitancias entre Clemenceau y Salomón Reinach). La airada protesta de Belloc ante la bovina sumisión a las consignas sectarias de sus colegas se cifró en las valientes palabras pronunciadas en su último discurso parlamentario: "Prefiero una pluma en un humilde periódico independiente a una voz y un voto en una asamblea que no es libre", y, en efecto, junto con los dos hermanos Chesterton fundó un periódico, *The Eyewitness* (El testigo ocular), con el cual se dedicó a fustigar implacablemente la corrupción política y la sumisión de los políticos profesionales a la

rica" tanto por deformación y falseamiento como por ocultación (la "conspiración del silencio" de la que él mismo ha sido víctima). Esta valerosa toma de posición es un fecundo semillero y, a la vez una lección, para todo el que en lo sucesivo se acerque a la investigación histórica con el espíritu libre de prejuicios sectarios.

finanza apátrida. Como puede comprenderse, tanto este periódico como su sucesor, *El Testigo*, en los cuales brillaba más la agudeza de Belloc y la jocundidad de Chesterton que la verdadera información, fueron de vida efímera.

El editor de sus primeras obras de estudiante en Oxford hace resaltar "el profundo y consecuente liberalismo de que da muestras el estudiante del Balliol College, Belloc". Y, en efecto, le caracteriza un profundo amor a la libertad, en el mejor sentido de la palabra. Pero en su espíritu intensamente lógico no podía dejar de hacerse patente, sobre todo después de su experiencia política, militando precisamente en las filas liberales, que esta tal libertad política era un mito utópico precisamente en un régimen político sedicente liberal, pues tal aparente libertad estaba condicionada y sometida a la voluntad de potentes y misteriosos trusts financieros, quienes despóticamente dictaban (y siguen dictando) su voluntad a los políticos-marionetas. Lo mismo ocurría con la prensa y con la información al público, así como en las elecciones e incluso en la política exterior. Su inquietud social le llevó a fundar el "distributismo", origi-

nal doctrina que merece capítulo aparte.

Y por una natural reversión derivada de su instinto justiciero y amante de la auténtica libertad y fundamentada en sus amplios conocimientos históricos, pasó a un sano tradicionalismo monárquico, buscando en la realeza (pero en la realeza católica) el amparo y protección del pueblo frente a los desafueros de los modernos señores feudales. Tal era la más excelsa función del rey en la Europa católica del medioevo, tan profunda y auténticamente democrática. Aquí aparece una curiosa coincidencia (existen otras muchas y sería sugerente trazar un paralelismo entre ambas figuras) con nuestro Donoso Cortés cuando afirma que la Monarquía inglesa tendría una decisiva importancia como factor contrarrevolucionario en el mundo "si volviera a la fe católica que defendió en otros siglos".

Una vez más los espíritus gigantes y afines del tribuno español y el escritor inglés coinciden en señalar proféticamente la verdadera senda de salud al mundo civilizado. Quiera Dios que en el futuro sean más escuchados sus augurales acentos de lo que lo han sido hasta el presente.

MIGUEL ARAÑO

